

# ANTONIO MACHADO, HOMBRE Y POETA EN SUEÑOS

POR

JOSE LUIS CANO

## SUEÑO Y ROMANTICISMO

SE vagoroso ente que es el sueño, íntimo abejorro de nuestra alma, ha sido siempre flor romántica y sola. Soledad y sueño, elementos los más importantes de la poesía romántica. El clásico, el neoclásico, no sueñan, o sueñan sólo mientras duermen, lo que es tanto como soñar sin voluntad de ensueño. Pero el poeta, el hombre romántico, tiene por una de sus características la de soñar despierto, la de vivir soñando y andar y caminar en sueños. En un ensayo de Albert Bèguin, «L'âme romantique et le rêve», se demuestra cómo el culto del sueño fué una de las constantes de los grandes poetas del romanticismo alemán, y vino a provocar una renovación del espíritu místico. A través de los románticos alemanes y del ocultismo de Gerard de Nerval y de Víctor Hugo, el sueño como tema o trasmundo poéticos pasó a la poesía moderna y al surrealismo. Pero los surrealistas, a fuerza de querer profundizar y analizar los sueños, y de intentar penetrar su secreto, acabaron arrebatándoles el aroma misterioso de que los dotó el romanticismo. De sueños y de ensueños está llena la poesía de los románticos. Y en España, sobre todo, la de Gustavo Adolfo Bécquer. Para Dámaso Alonso es indudable que cuando Antonio Machado exclama:

*Desde el umbral de un sueño me llamaron*

ese entrevisto trasmundo, muerte o sueño, nace en la poesía española con Bécquer. Soñaba tanto Bécquer, que una vez nos confiesa su temor de morir sin haber tenido tiempo de llevar a sus versos o a sus leyendas todos los sueños que habitaban en su imaginación e inquietaban su alma. Y la musa que amaba Bécquer no era la musa real, de carne y hueso, no era la ardiente y morena pasionaria, ni la dorada virgen de la ternura, sino la que era sólo un imposible sueño :

*Yo soy un sueño, un imposible,  
vano fantasma de niebla y luz;  
soy incorpórea, soy invangible,  
no puedo amarte —¡Oh ven, ven tú!*

Esta condición romántica de vivir ensueños y en sueños, que nace probablemente con el hombre, y que vemos tan claramente reflejada en la poesía de Bécquer (1), pervive, siguiendo una tradición de la lírica andaluza, cuya raíz había que buscar en los poetas de la Andalucía árabe, en la poesía de Juan Ramón Jiménez y de Antonio Machado. Para Machado, como para Bécquer, el mundo del ensueño y el de la realidad son mundos intercambiables, que las más de las veces se confunden. El sueño tiene para ellos tanta realidad como la realidad misma. Es a veces la más honda, la única realidad. Así en los versos de Machado :

*¡Eran tu voz y tu mano,  
en sueños, tan verdaderas!*

Y al contrario, las cosas reales parecen soñadas, como el recuerdo de un sueño. Bécquer confiesa con frecuencia que el espectáculo de la realidad le parece la visión de un sueño. Antonio Machado sueña las cosas como ilusión, como el sueño de un sueño. ¿Qué es vivir?, se pregunta en el prólogo a *Campos de Castilla*. Y se contesta : Soñar nuestro sueño.

Esto explica que toda la poesía de Bécquer, como la de Machado, se apoye en el soñar y entresoñar de las cosas, se alimente de sueños y de ensueños. Pero mientras los sueños de Bécquer chisporrotean como ascuas, excitando su imaginación e invadiendo su mente, de tal modo que ya no sabe cómo desprenderse de ellos, porque la misma poesía no basta a darles forma, los sueños

---

(1) Para el sueño en Bécquer, véanse las admirables páginas de Jorge Guillén *La Poética de Bécquer*, Hispanic Institute in the United States, New York, 1943.

de Machado son los sueños del alma, los sueños de la ilusión y del recuerdo. Por eso el poeta no pensó nunca en arrojarlos lejos de sí, como Bécquer, porque ellos acariciaban melancólicamente su corazón y alejaban sus penas. El soñar en Machado es como un modo de ser, como la forma de su esencial melancolía.

#### DESCENDENCIA ROMÁNTICA

Antonio Machado no desdijo nunca su descendencia de la poesía romántica, y si alguna vez habla de un poeta con entusiasmo —en su *Juan de Mairena*—, será de Bécquer y Espronceda. Pero Machado no toma del romanticismo su ademán desesperado o su retoricismo colorista, sino su más honda y cristalina esencia: el acento melancólico, la canción pura. Ya dijo el poeta en unos versos autobiográficos:

*Desdeño las romanzas de los tenores huecos  
y el coro de los grillos que cantan a la luna.  
A distinguir me paro las voces de los ecos,  
y escucho solamente, entre las voces, una.*

En este mismo poema, el autorretrato que figura al frente de «Campos de Castilla», se pregunta a continuación el poeta: ¿Soy clásico o romántico? Los versos en que el poeta se contesta a sí mismo son justamente famosos:

*¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera  
mi verso, como deja el capitán su espada:  
famosa por la mano viril que la blandiera,  
no por el docto oficio del forjador preciada.*

En uno de los papeles apócrifos de Juan de Mairena, se halla otra respuesta a esa pregunta. Recordando a su maestro Abel Martín, decía Juan de Mairena a sus discípulos: «El romanticismo se complica siempre con la creencia en una edad de oro que los elegíacos colocan en el pasado, y los progresistas en un futuro más o menos remoto. Son dos formas (la aristocrática y la popular) del romanticismo, que unas veces se mezclan y confunden, y otras alternan, según el humor de los tiempos. Por debajo de ellas está la manera clásica de ser romántico, que es la nuestra, siempre interrogativa: ¿adónde vamos a parar?» Antonio Machado era, en efecto, un romántico a su manera, un romántico contenido, un soñador serenado por la noble calidad de un alma melancólica. En otro lugar, y donde menos podía esperarse, en un discurso diri-

gido a las juventudes en mayo de 1937, confesaba el poeta su condición romántica: «Desde un punto de vista teórico yo no soy marxista, no lo he sido nunca, y es muy posible que no lo sea jamás. *Tal vez porque soy demasiado romántico*, por el influjo acaso de una educación demasiado idealista, me falta simpatía por la idea central del marxismo.» Pero no hace falta que él nos lo diga. Su romanticismo está en su vida y en sus versos. En su vida que transcurrió al margen de todo afán de éxitos sociales y materiales. Y en su poesía, cuya concepción es profundamente romántica como lo es la de Bécquer. Si Bécquer, al hacer su famoso paralelo entre la poesía cerebral y pacientemente tallada, y la poesía intuitiva, la poesía que es llama arrebatada del corazón, declara su preferencia por esta última, Antonio Machado confiesa más de una vez la misma predilección. La importancia que da Machado a la intuición y la espontaneidad en la poesía lírica, está ya visible en el prólogo que escribió en 1917 para el volumen de «Páginas escogidas», que publicó la Editorial Calleja. Habla Machado en ese prólogo de lo frecuente que es que el poeta perjudique su obra en su afán de corregirla y perfeccionarla. Y añade estas palabras significativas: «La explicación es fácil: se crea por intuiciones, se corrige por juicios, por relaciones entre conceptos.» «Cuántas líneas enmendamos para fuera, son otras tantas deformaciones de lo íntimo, de lo original, de lo que brotó espontáneo en nosotros». Por la misma época, y en el prólogo a su libro «Soleidades», insiste Machado en esa concepción de la poesía romántica, que algunos han llamado neorromántica, para oponerla a la manera esproncediana y modernista, de las cuales se hallaba tan lejos Machado. Hay, en efecto, como un alejamiento del modernismo —entonces tan en boga—, en estas frases del citado prólogo: «Pensaba yo que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico, ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones (¿no se ve aquí una alusión a Rubén?), *sino una honda palpitación del espíritu*, lo que pone el alma, si es que algo pone, o lo que dice, si es que algo dice, con su voz propia, en respuesta animada al contacto del mundo». Y todavía es fiel a esa concepción suya catorce años más tarde, cuando en 1931, y en unas declaraciones a Gerardo Diego para su Antología de poesía española contemporánea, confiesa su desacuerdo con los poetas de entonces, que tendían a una deshumanización y destemporalización de la lírica, «no sólo por el desuso de los artificios del ritmo, sino sobre todo por el empleo de las imágenes más en función conceptual que emotiva». Por el contrario, sus poetas futuros, los que él reuniría en

una antología ideal, cultivarían una lírica otra vez inmersa en las *mesmas vivas aguas de la vida*, en frase de Santa Teresa. «Ellos devolverán su honor a los románticos, sin serlo ellos mismos». Y añade Machado: «Entre tanto se habla de un nuevo clasicismo, y hasta de una poesía del intelecto. El intelecto no ha cantado jamás, no es su misión. Sirve, no obstante, a la poesía, señalándole el imperativo de su esencialidad. Porque tampoco hay poesía sin ideas, sin visiones de lo esencial, pero las ideas del poeta no son categorías formales, cápsulas lógicas, sino directas intuiciones del ser que deviene, de su propio existir; son, pues, temporales, nunca elementos anacrónicos existencialistas, en los que el tiempo alcanza su valor absoluto. Inquietud, angustia, temores, resignación, esperanza, impaciencia, que el poeta canta, son signos del tiempo, y al par, revelaciones del ser en la conciencia humana».

Estas mismas ideas las volvemos a encontrar en los papeles de Juan de Mairena, donde hay unas notas muy sustanciosas sobre esa poesía intemporal y abstracta que desdeña Machado. ¿Puede cantar el poeta sin la angustia del tiempo?, se pregunta Machado. «Existe una paloma lírica —añade— que suele eliminar el tiempo para mejor elevarse a lo eterno, y que, como la paloma kantiana (la que servía a Kant para ilustrar su argumento más decisivo contra la metafísica dogmática), ignora la ley de su propio vuelo». En esas notas define Juan de Mairena la poesía como «diálogo del hombre con el tiempo», y aconseja a sus alumnos que intensifiquen la temporalidad de su verso.

Intuición, temporalidad, son dos categorías románticas de la poesía de Machado. Pero esa poesía de la intuición distaba mucho de ser en Machado una poesía que desdeñase el arte y la técnica. La intuición en Antonio Machado, como en todo gran poeta (recuérdese la conocida frase de García Lorca sobre el poeta por la gracia de Dios y del esfuerzo), era siempre completada por el arte y la técnica del poema. Ya lo advertía Juan de Mairena cuando recordaba a sus alumnos esta frase de Lope: «Yo conocí un poeta de maravilloso natural, y borraba tanto, que sólo él entendía sus escritos, y era imposible copiarlos; y ríete, Laurencio, de poeta que no borra».

MACHADO, POETA EN SUEÑOS

*De toda la memoria sólo vale  
el don preclaro de evocar los sueños*

Cuando en el mes de febrero de 1939 emprendía Antonio Machado su doloroso éxodo hacia tierra francesa, en un viejo camión lleno de fugitivos, hubo de abandonar en el camino sus ropas y papeles, que estorbaban a la apretada masa. Las cunetas de las carreteras pirenaicas recibieron así el don inesperado de las últimas poesías del maestro, las que escribiera en el pueblecillo huertano de Rocafort, desde donde cantara a Valencia :

*¡Cómo parece dormida  
la guerra, de mar a mar,  
mientras Valencia florida  
se bebe el Guadalaviar!*

Con su madre ancianísima, Machado llega al pueblo francés de Collioure, cercano al mar. Y allí, en el cuarto de un humilde hotel, la muerte le sorprende como él mismo había deseado en su poema-autorretrato, el que va al frente de «Campos de Castilla» :

*Y cuando llegue el día del último viaje  
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,  
me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,  
casi desnudo, como los hijos de la mar.*

Ya en otros versos del mismo libro, en la poesía «En tren», había dicho el poeta :

*Yo para todo viaje  
—siempre sobre la madera  
de mi vagón de tercera—  
voy ligero de equipaje.*

Lo que probablemente no le abandonó nunca, y menos aún en ese último viaje de la muerte, fueron sus sueños, esos sueños en que vivió y que llevó a sus versos, que le acariciaron en los días buenos, y curaron sus penas en los malos. Y hasta ese último trágico sueño de la libertad, ¿acaso no pudo acompañarle, sobre el cándido y dulce corazón, en aquel su postrer vuelo celeste?

Toda su vida fué Antonio Machado un soñador, un *pobre hombre en sueños*, como él mismo gustó de retratarse en aquellos versos autobiográficos :

*Y así voy yo, borracho melancólico,  
guitarrista, lunático y poeta,  
y pobre hombre en sueños,  
siempre buscando a Dios entre la niebla.*

(LXXVII) (1)

---

(1) Los números romanos al pie de verso corresponden a la numeración que llevan las poesías de Machado en la edición de su Obra Poética, hecha por la Editorial Pleamar, Buenos Aires, 1944, con un epílogo de Rafael Alberti.

Para Machado la vida es soñar, *caminar en sueños*:

*Yo voy soñando caminos  
de la tarde...*

(XI)

*Sobre la tierra amarga  
caminos tiene el sueño  
laberínticos, sendas tortuosas,  
parques en flor y en sombra y en silencio.*

(XXII)

Por las secretas galerías del alma van errantes los sueños, y el poeta, indolente como buen andaluz, gusta de vagar con ellos :

*Allá en las tierras altas  
por donde traza el Duero  
su curva de ballesta  
en torno a Soria, entre plomizos cerros  
y manchas de raídos encinares,  
mi corazón está vagando en sueños...*

(cXXI)

Ese sueño poético de Antonio Machado es casi siempre un sueño melancólico y desengañado. Cuando un alba primaveral le pregunta :

*¿Perfuman aún mis rosas la alta frente  
del hada de tu sueño adamantino?,*

el poeta responde :

*Sólo tienen cristal los sueños míos.  
Yo no conozco el hada de mis sueños,  
no sé si está mi corazón florido.*

(xxxIV)

Pero ese hada es a veces un tentador demonio, el bello fantasma malo de los sueños, que tienta al poeta :

*Y el demonio de los sueños abrió el jardín encantado  
del ayer. ¡Cuán bello era!*

(xviii)

*Y era el demonio de mi sueño el ángel  
más hermoso...*

(LXIII)

A veces, el demonio de los sueños del poeta cobra un perfil grotesco y jovial, como en los versos de «Mi bufón» :

*El demonio de mis sueños  
ríe con sus labios rojos,  
sus negros y vivos ojos,  
sus dientes finos, pequeños.*

(CXXXVIII)

Pero el poeta es mucho más feliz cuando el sueño arriba de la mano del hada buena y dulce, como en estos versos, que todo amigo de Machado se sabe de memoria :

*Desde el umbral de un sueño me llamaron.  
Era la buena voz, la voz querida.  
—Dime, ¿vendrás conmigo a ver el alma?  
Llegó a mi corazón una caricia.  
—Contigo siempre... Y avancé en mi sueño  
por una larga, escueta galería,  
sintiendo el roce de la veste pura  
y el palpar suave de la mano amiga.*

(LXIV)

Machado insiste en la transparencia, en la cristalina fragilidad de sus sueños. La materia del sueño en la poesía de Machado es el delicadísimo cristal o el suavísimo lino :

*Lleváronse tus hadas  
el lino de tus sueños.*

(LXIX)

*Desperté ¿Quién enturbia  
los mágicos cristales de mi sueño?*

(LXII)

*... tú has visto la honda gruta  
donde fabrica su cristal mi sueño.*

(XXXVII)

*Sólo tienen cristal los sueños míos.*

(XXXIV)

O como el poema LXXXII, que el poeta titula «Los Sueños» :

*El hada más hermosa ha sonreído  
al ver la lumbre de una estrella pálida,  
que en hilo suave, blanco y silencioso  
se enrosca al huso de su rubia hermana.*

*Y vuelve a sonreír, porque en su rueca  
el hilo de los campos se enmaraña.  
Tras la tenue cortina de la alcoba  
está el jardín envuelto en luz dorada.*

*La cuna, casi en sombra. El niño duerme.  
Dos hadas laboriosas lo acompañan,  
hilando de los sueños los sutiles  
copos en ruelas de marfil y plata.*



Los sueños son también el protagonista del poema XXXVII, en que el poeta dialoga con la noche amada, y le interroga sobre su propio dolor y el fantasma de su sueño. Pero la noche ignora el secreto de esa pena, la fuente de ese sueño. Y responde al poeta :

*Yo nunca supe, amado,  
si eras tú ese fantasma de tu sueño.  
... ..  
Yo no sé tu secreto,  
aunque he visto vagar ese que dices  
desolado fantasma, por tu sueño.  
... ..  
Para escuchar tu queja de tus labios  
yo te busqué en tu sueño,  
y allí te vi vagando en un borroso  
laberinto de espejos.*

Y el poeta no pregunta más. Quédase mansamente soñando, vagando por los caminos castellanos, de la mano del hada querida, o bajo la sombra acariciadora de un olmo junto al Duero :

*Y volver a sentir en nuestra mano  
aquel latido de la mano buena  
de nuestra madre... Y caminar en sueños  
por amor de la mano que nos lleva.*

(LXXXVII)

#### EL SOÑAR DE LAS COSAS

Pero en la poesía de Antonio Machado no sólo sueñan el poeta y su alma. En su melancólico vagar, en su entresoñar errante, el poeta ve y canta el sueño de las aves, del agua, de las flores, del viento... Esta humanización de la naturaleza, que es característica de la poesía romántica, ocupa importante lugar en la poesía de Antonio Machado, en donde las cosas, la tierra toda, sueña un sueño paralelo al del poeta. Dentro de esta personalización de la Naturaleza, sólo en dos casos emplea el poeta como término-puente el verbo parecer :

*¡Campos de Soria  
donde parece que las rocas sueñan!*

(CXIII)

*La vela tronchada parece  
que aun sueña en el sol y en el mar.*

(XLIV)

En todos los demás casos que he anotado, el poeta elude el término de comparación, y las cosas todas, desde la melancólica luna al

bello cupido de mármol, sueñan su sueño pensativo y acaso feliz. Los elementos de la naturaleza, desde los más esenciales a los más concretos, son los elegidos por Machado para cantar en ellos el don mágico del sueño. Y así vemos a la tierra soñar su verde sueño :

*Alamedas del río, verde sueño  
del suelo gris y de la parda tierra.*  
(CXIII)

*El sueño verde de la tierra fría.*  
(CLXXVIII)

Y a la tarde su sueño de oro :

*La tarde está cayendo frente a los caserones  
de la ancha plaza, en sueños. .*  
(XCIV)

Y el sueño azul de sus campanas :

*Abre el balcón. La hora  
de una ilusión se acerca...  
La tarde se ha dormido  
y las campanas sueñan.*  
(XXV)

Sueña también el sol su sueño de llama :

*El iris y el balcón.  
Las siete cuerdas  
de la lira del sol vibran en sueños*  
(CLVI)

Y la luna su sueño de nieve :

*La luna está vertiendo  
su clara luz en sueños...*  
(XXII)  
*La luna vertía su blanco soñar.*  
(LII)

Castilla, la Castilla que amaba Machado, Castilla del dolor y de la muerte, acaso sueña también su adusto sueño calcinado :

*Castilla miserable, ayer dominadora,  
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.  
¿Espera, duerme o sueña?*

(XCVIII)  
*Castilla visionaria y soñolienta.*  
(XCLIII)

El otro amor de Machado, el mar, lejos del cual vivió casi toda su vida, aunque fué a morir frente a él, sueña también bajo la caricia del aire, y el poeta lo define en estos dos versos :

*El mar es un sueño sonoro  
bajo el sol de abril.*

(XLIV)

El soñar del agua deja también oír su rumor en el verso de Machado :

*Verdes jardinillos,  
claras plazoletas,  
fuente verdinosa  
donde el agua sueñaj..*

(XIX)

*El agua de la fuente  
resbala, corre y sueña  
lamiendo, casi muda,  
la verdinosa piedra.*

(XCVI)

*Alamos del amor cerca del agua  
que corre y pasa y sueña.*

(CAMPOS DE SORIA)

Con el agua, los verdes árboles sueñan en sus hojas y en sus frutos dorados, a la caricia del sol y del viento :

*En el blanco sendero  
los troncos de los árboles negrean;  
las hojas de sus copas  
son humo verde que a lo lejos sueña.*

(XXXVI)

*El limonero lánguido suspende  
una pálida rama polvorienta,  
sobre el encanto de la fuente limpia,  
y allí en el fondo sueñan  
los frutos de oro...*

(VII)

versos que recuerdan aquellos otros de Tristán L'Hermite, el poeta de *Les Amours*:

*L'ombre de cette fleur vermeille  
et celle des ces joncs pendants  
paraissent être là-dedans  
les songes de l'eau qui sommeille.*

Pero a veces el sueño no yace inmóvil en las cosas o en el aire, sino que vaga errante, de árbol en árbol, como un elfo florido :

*El sibilante caracol del viento  
ronco dormía en el remoto alcor;  
emerge el sueño ingrave en la palmera,  
luego se enciende en el naranjo en flor.*  
(XLV)

o se deja llevar mansamente en el seno dulce del viento :

*Sueño florido lleva el manso viento.*  
(XLII)

y florecer en las plumas tibias de las golondrinas :

*Y las golondrinas se cruzan, tendidas,  
las alas agudas al viento dorado,  
y en la tarde risueña se alejan  
volando, soñando*  
(LXXVI)

Pero en los versos de Machado, hasta la mísera mula de una noria sueña :

*Soñaba la mula,  
¡pobre mula vieja!  
al compás de sombra  
que en el agua sueña.*  
(XLVI)

acaso con la misma melancolía que el desnudo Amor de piedra, en la fuente :

*En la glorieta en sombra está la fuente  
con su alado y desnudo Amor de piedra  
que sueña mudo*  
(XXXII)

No falta en la poesía de Machado el latido quimérico del sueño, en versos de una misteriosa belleza :

*Hay un sueño de lirio en lontananza.*  
(CVI)  
... *Nosotros exprimimos  
la penumbra de un sueño en nuestro vaso.*  
(XVIII)

Esta utilización poética del sueño como elemento que tiñe de misterioso temblor un verso, es heredada luego por García Lorca y por otros poetas. Por la poesía de Federico cruzan «caballos soñolien-

tos» y la queja de una guitarra «hace llorar a los sueños». Recuerdense también los versos del «Romancero gitano»:

*Por el olivar venían,  
bronce y sueño, los gitanos.*

Y misteriosamente enlazados en la muerte y el sueño, cuando Antonio Machado escribe su hermoso poema a la muerte de García Lorca, pide a sus amigos que labren en la Alhambra «un túmulo de piedra y sueño» para el poeta de Granada. El alma de Machado, sobre el humilde cementerio de Collioure, adonde el aire lleva el aroma del mar vecino, quizá sueña aún el sueño que empezaría a crecer en su corazón cuando le sorprendió la muerte: volver, para el sueño último y definitivo, a tierra castellana—campos de Soria, álamos del Duero—, aquella tierra que no era la suya, y que sin embargo amó y cantó siempre con voz de enamorado, y con voz de nostalgia cuando se hallaba lejos, como ahora, «en tierra labradora y marinera».

José Luis Cano.  
Ferrocarril, 11.  
MADRID (España).

